

15

¿Por qué y Cómo un Área de
Integración en el Currículo
Universitario?

Dr. Juan E. Bazdresch Parada

ÍNDICE

1. Introducción	2
2. Relación del conocimiento del hombre y el conocimiento de las cosas	3
3. La aportación de la universidad al conocimiento del hombre	6
4. El modo de proponer en la universidad el conocimiento del hombre	8
5. El área de integración: los dinamismos fundamentales del hombre	12
6. El área de integración: la relación de la ciencia del hombre con las otras ciencias	18
7. Las características de la estructura y de los cursos del área de integración	22
8. Conclusiones	25
9. Anexo	27

INTRODUCCIÓN

El conocimiento del hombre fue el gran tema en el que se centró la enseñanza de los viejos maestros que impulsaron la cultura de Occidente.

Las Universidades, desde su origen y durante siglos, mantuvieron centrado su interés en la profundización y desarrollo del conocimiento del hombre. Sin embargo, vino un momento en que las Universidades cambiaron su foco de interés y pusieron su empeño en desarrollar el conocimiento de las cosas que de manera crecientemente acelerada les ofrecía terrenos de amplitud insospechada. El conocimiento del hombre quedó arrinconado.

Este trabajo reflexiona sobre este problema y presenta un medio que ofrece posibilidades de volver a integrar los conocimientos en torno a su núcleo central: el hombre.

Este medio se llama precisamente el Área de Integración. Alguna Universidad la ha incorporado desde hace varios años al currículo de todas las carreras.

Este escrito pretende explicitar los supuestos teóricos que dieron origen al establecimiento de esta Área de Integración y, además, dar a conocer cuáles son los temas que ahí se abordan y cuáles son las características de los cursos que en ella se imparten.

Al hacer este trabajo el autor tuvo en mente en primer lugar a los maestros y alumnos que participan en estos cursos y son los protagonistas de la acción que se quiere realizar. El mejor fruto que se puede esperar es suscitar los comentarios y sugerencias de estos maestros y alumnos, que tengan por efecto una comprensión más completa y participada, y consiguientemente más operante, del por qué y el cómo del Área de Integración.

RELACION DEL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE Y EL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS

“En ninguna época se ha sabido tanto y tan diverso con respecto al hombre como en la nuestra. En ninguna época se expuso el conocimiento acerca del hombre en forma más penetrante ni más fascinante que en ésta. Ninguna época hasta la fecha, ha sido capaz de hacer accesible este saber con la rapidez y facilidad que la nuestra. Y sin embargo, en ningún tiempo se ha sabido menos acerca de lo que el hombre es. En ninguna época ha sido el hombre tan problemático como en la actual”.

Martín Heidegger

En efecto, demasíadamente constatamos la verdad de lo que dice Heidegger. Mientras nuestro conocimiento sobre las cosas se enriquece prodigiosamente, nuestro conocimiento sobre el hombre se disminuye y se confunde hasta el punto de hundirnos en una grave incertidumbre. Esto es frustrante, no sólo porque nuestro saber no nos ilustra sobre el interrogante más importante y urgente, sino porque perdemos el punto clave de referencia, el parámetro decisivo que nos hace reconocer el sentido y el valor que tienen todos esos otros conocimientos. El cúmulo de imágenes, informaciones y teorías que nuestra ciencia adquiere en progresión más que geométrica queda al garete. Más que esto, entra en una ebullición que amenaza explotar desastrosamente.

Llama poderosamente nuestra atención lo que acabamos de decir si consideramos que no sólo se han desarrollado maravillosamente las ciencias naturales que nos dan a conocer las cosas, sino que también se han desarrollado de la misma manera las ciencias cuyo objeto es principalmente el hombre: la Biología Humana, la Sociología, la Historia, la Psicología, ¡la Antropología! ¿Cómo es posible que dedicando estas ciencias todo su esfuerzo al conocimiento del hombre y habiendo hecho progresos tan notables nos dejen con la impresión -con la certeza, incluso de que cada vez estamos más confundidos acerca de lo que realmente sabemos sobre él?

La razón por la que ni el desarrollo de las ciencias físicas y naturales ni el desarrollo de las mismas ciencias que se ocupan del hombre nos han hecho crecer en la verdadera sabiduría humana es porque todas ellas no se dirigen al “asunto del hombre”, no ayudan a comprender mejor -al menos no de manera significativa- aquello que es el interrogante clave propio del hombre y aquellas que son respuestas significativas a esta interrogante. ***No lo hacen porque no ofrecen algo sustancial a la comprensión que el hombre tiene de su libertad.*** Este es el tema específico que discrimina radicalmente el sentido humano que tiene un conocimiento. Lo verdaderamente característico del ser del hombre es su actuar libre y acerca de esto necesita tener un conocimiento que dé una respuesta a interrogantes insoslayables. El “humanismo” de una ciencia o saber radica decisivamente en la medida en que pueda ofrecer al hombre una motivación válida para su actuar libre: a que él quiera vivir, quiera abrazar valores que lo hagan crecer, quiera hacer algo por el bien de sus semejantes, quiera sobrevivirse él mismo más allá de la muerte, y quiera, sobretodo, amar con una plenitud de afecto y decisión que sea infinitamente más que el impulso espontáneo del sentimiento.

Para hacerse luz sobre esta motivación hay que preguntarse por la *dignidad* del hombre y esto supone esclarecer el sentido de su vida: preguntarse por su origen y fin, por lo que para él significan la Verdad, el Bien, la Justicia, el Valor de Ser, por lo que para él significa el Todo. Estas interrogantes son

de una *índole específicamente diversa* de los que se pueden abordar por la observación y medición empírica, por la acumulación de datos o por la relación lógica que pueda surgir entre esos datos. Por esta razón estos interrogantes no son abordados por las ciencias a las que nos hemos referido.

Ya el hecho de que el hombre es el único ser que actúa con libertad nos indica que la ciencia que quiera hacerse luz sobre él y sobre su actuar específico tendrá que ser muy diversa de todas las otras ciencias cuyo objeto son los seres que actúan de una manera determinada, completamente ajena a la libertad. Todas las otras ciencias estudian lo que ya es y lo que seguramente será. Aquí se trata de preguntarse por algo que, si es, será algo original, nuevo y único, porque tales son las características del acto libre.

Se puede decir que precisamente para lo que estamos buscando está ahí la Ética: una ciencia que le muestra al hombre cuáles son las características de una buena conducta y cuáles son los ideales que deben mover su acción libre.

Pero esta Ética se ha vuelto insatisfactoria para el hombre de hoy, pues o bien la considera como un manual de buena educación que indica el modo de proceder que hay que seguir para no contrariar el uso social, y esto le parece demasiado mezquino; o bien la considera como la afirmación de un conjunto de ideales que supuestamente son valiosos, pero no le dicen nada a él mismo pues los encuentra extraños y ajenos, ya que no puede ver qué relación tiene con sus propios anhelos e inquietudes.

¿Cómo hacer para conquistar o reconquistar un criterio de valor que realmente satisfaga al inquieto hombre de hoy, que conoce tantas cosas y no conoce qué pueda motivar su libertad? ¿Cómo hacer para descubrir o redescubrir el verdadero valor que se encierra para él en tantas cosas que están al alcance de su mano, pero que no le revelan lo que *son para él*? ¿Cómo hacerlo, especialmente, si lo que sí descubre con toda facilidad, y además lo llena de atractivo, es lo que constata que no lo hace ser más libre?

No hay otro camino que hacer aflorar con toda su fuerza la pregunta siempre antigua y siempre nueva, la pregunta más ordinaria y más extraordinaria: *la pregunta por el ser del hombre*. Se trata de volver a tomar el viejo camino de Delfos para reencontrar la provocación a conocernos a nosotros mismos. Pero se trata de que hagamos esto nosotros, aquí y ahora. Se trata precisamente de reinventar esta pregunta y prácticamente formularla por primera vez, porque ahora somos *nosotros* quienes preguntamos por *quiénes somos nosotros mismos*.

La manera de ofrecer una motivación válida a nuestra libertad no es, pues, la de enseñar un código de buena conducta o la de hacer aprender una teoría sobre valores, sino promover el descubrimiento de nosotros mismos y la captación de cómo nuestra libertad tiene en nuestro propio ser la brújula que le indica el camino. El problema no es aceptar ideales que nos vengan de fuera, sino descubrir cuáles son las exigencias que actúan en la entraña de nuestro propio ser.

Esta comprensión nos lleva, además, a ampliar nuestra consideración del problema. Lo que está en cuestión no es sólo nuestra libertad, sino nuestro ser. La pregunta inquieta del hombre sólo toca fondo cuando inquiere por el misterio fundamental: por el simple e inabarcable hecho de su existencia: de que exista y de que exista como hombre.

Así como se ha podido decir que el error de la Filosofía Occidental desde hace 25 siglos ha sido olvidarse de preguntar por el ser, para preguntar sólo por el contenido de las ideas que el hombre se

forma, así se puede decir, y con mayor razón, que el error de todo el saber del hombre de hoy consiste en haberse olvidado de preguntar quién es él, para sólo preguntar por la utilidad y la función de las cosas que conoce. Y, desde luego, preguntar quién es él implica preguntar por su libertad. En algún sentido tenían razón los viejos pensadores griegos: los esclavos no son capaces de preguntar quiénes son ellos mismos pues para esto se necesita tener la experiencia de la libertad. Este preguntarnos por quiénes somos y el poder darnos una respuesta satisfactoria, si siempre ha sido indispensable, adquiere hoy un carácter de urgencia trágica ante el problema de la desintegración social que nos amenaza. Experimentamos de muchos modos que la convivencia humana que nos ha dado ser y seguridad y esperanza de futuro parece encontrarse en estado de naufragio. Caemos en una situación rota que nos provoca una honda decepción sobre la realidad del hombre y nos invita también a asumir cínicamente la senda del egoísmo para hacer resonar abiertamente el grito de “sálvese quien pueda”.

No se puede hacer frente a este problema por medio del autoritarismo: una sociedad no puede tener más policías que ciudadanos. No se puede tampoco enfrentarlo por la vía de un liderazgo demagógico que mucho más temprano que tarde se desplomará sobre sus falsos cimientos. El único camino viable para fundar de nuevo la nueva sociedad que se está gestando, ansiosa de entrar en la “modernidad”, es el de la toma de conciencia, actualizada y profundizada, de quiénes somos los hombres y de cómo nuestra realidad de hombres nos ofrece poderosos motivos y medios eficaces para que queramos y podamos crear una convivencia segura y fecunda.

LA APORTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD AL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE

Surge, sin embargo, la pregunta de si las Universidades deben ocuparse de este problema. Las Universidades, todos lo saben, tienen como función enseñar una profesión: capacitar para el ejercicio de una habilidad que requiere de una especial formación, y certificar a quienes muestren haberla aprendido.

Esta idea, que hoy comúnmente se tiene, contradice, sin embargo, la idea original de la que surgió la Universidad y a la que fue fiel durante siglos. Los orígenes de la Universidad se remontan a aquellos círculos de hombres amantes de la sabiduría que en la antigüedad se reunían en torno a los grandes maestros. La sabiduría a la que se dedicaban tenía como centro el conocimiento del hombre. Tal fue el problema central -por no decir el único- que ocupó el interés de los grandes filósofos de Grecia y Roma.

Cuando en la Edad Media se formaron los grupos de maestros y estudiantes que se constituyeron en Universidades, las ciencias que constituían la columna vertebral del saber que interesaba a aquellos hombres eran la Filosofía y la Teología, ciencias que pretenden dar una explicación de lo que es el hombre, y pretenden -mucho más que enseñar a realizar bien una actividad determinada- enseñar a vivir: a entender la vida y la realidad, para saberse situar en ella.

Hoy entendemos claramente que la cultura es algo mucho más pleno que la civilización. Mientras que ésta se esfuerza por desarrollar el progreso material, aquella se propone un objetivo mucho más profundo: el perfeccionamiento del hombre y del mundo humano. La cultura recoge el propósito de los antiguos maestros y quiere hoy realizarlo de una manera adecuada a nuestro tiempo.

Las Universidades de hoy son conscientes de cuál fue su origen y quieren ser fieles a él. Se distinguen a sí mismas de los Institutos Tecnológicos y de Enseñanza Superior y definen su objetivo precisamente como el *fomento y desarrollo de la cultura*. Y están entendiendo cultura precisamente como algo más amplio y más profundo que la capacitación tecnológica, la pericia en alguna ciencia particular o la habilitación y certificación necesarias para el ejercicio de una profesión.

Si profundizamos en la idea expuesta sobre la cultura como razón de ser de la Universidad, encontraremos que la aportación específica que la Universidad puede hacer pertenece al mundo de la teoría, es decir, al mundo de la explicación: de la manifestación y comprensión de los por qué. El modo específico como la Universidad puede promover la cultura es precisamente promoviendo el esfuerzo de la inteligencia del hombre que trata de leer “dentro” y “debajo” de todo el mundo fenoménico que sucede ante la vista de los hombres para que éstos descubran su dinamismo interno, sus leyes, sus causas, sus fines: sus por qué y para qué.

Comprendida de esta manera la naturaleza de la Universidad, no sólo se comprende que la pregunta sobre el hombre sí le compete, sino además se comprende que es la que más le compete. Lo que es difícil de comprender es cómo y por qué la Universidad llegó a desentenderse de esta pregunta hasta el punto de que hoy pueda parecer extraño que se ocupe de ella.

Y hay todavía un paso más, un paso decisivo. La explicación y fundamentación de los por qué y para qué que desentrañan el problema del hombre es algo indispensable no sólo para la ciencia sino para la gestión de nuestro mundo. En efecto, curiosamente hoy se reconocen universalmente los “derechos humanos” y éstos establecen ciertas afirmaciones que indudablemente forman una concepción de hombre. Al hacerlo parece que ya se está dando una explicación de lo que es el hombre

y se están resolviendo sus interrogantes más importantes. Y esta explicación, además, parece ser aceptada por todos, con lo que parece que ya está resuelto el problema que puede preocupar a las Universidades. Pero no es así. No es así porque esas declaraciones, si bien son compartidas por todos, en cuanto que corresponden a ciertas instituciones del sentido común que perciben que “así tiene que ser”, en verdad no quedan fundamentadas: no se aclara por qué tienen que ser así. Y mientras no se aclare este por qué, su sentido quedará impreciso, la aplicación que de ellas se haga se abrirá a posibilidades tan diversas que pueden ser incluso antagónicas, y se llegará hasta no tener un criterio que pueda definir qué es lo que esas afirmaciones están significando. La aceptación de un imperativo no puede separarse de su por qué, so pena de perder su contenido.

Aparece, pues, cuál es la misión propia, característica de la Universidad en la gran tarea de la cultura: promover la toma de conciencia fundamentada de qué es lo que en verdad estamos entendiendo que es el hombre y por qué. De esta conciencia, y sólo de ella, brotará la luz para tener una comprensión clara y matizada, y por consiguiente operativa y fecunda, sobre lo que hay que hacer para que el hombre “se perfeccione”: para que esas insondables potencialidades que están en él -precisamente como potencialidades que pueden legar a ser o pueden frustrarse- logren desarrollarse al máximo.

Otras instituciones harán otras aportaciones al desarrollo del hombre, que pueden ser más valiosas y decisivas de lo que puede hacer la Universidad. A ésta, sin embargo, le corresponde, por su propia naturaleza, promover la comprensión consciente, definida y fundamentada, de lo que es el hombre y por qué.

Apresurémonos a decir que de ninguna manera se trata de llegar a una “fórmula del hombre”. El hombre es ciertamente un misterio inabarcable que no puede ser reducido a fórmulas. No podemos encontrar una fórmula del hombre precisamente porque éste no es algo fijo y estático, ni siquiera es algo acabado. El hombre es una apertura. Pero lo que sí podemos hacer es encontrar la dirección de esa apertura: hacia dónde se dirigen invariablemente los dinamismos fundamentales del hombre, esas actuaciones que lo caracterizan, que son sólo de él, y que le son necesariamente propias. Encontrar estos dinamismos nos hará descubrir cuál es el horizonte del hombre: los objetivos que indispensablemente persigue, el campo en que se mueve y el punto de partida, la raíz desde donde arranca. Tendremos así una respuesta que a la vez que dice algo que tiene identidad propia, no agota ni reduce su objeto.

EL MODO DE PROPONER EN LA UNIVERSIDAD EL CONOCIMIENTO DEL HOMBRE

Necesitamos ahora adentrarnos en la consideración del modo apropiado como la Universidad se proponga y exponga la pregunta por el ser del hombre.

Para responder a esto necesitamos antes que nada esclarecer ciertas cuestiones previas. De esta manera podremos proceder con más claridad.

Hay dos problemas que amenazan con llevar al fracaso lo que se intenta. En primer lugar el grave problema de la *indoctrinación*: ¿Cómo abordar el problema de lo que es el hombre sin adoptar una posición ideológica determinada y parcial? y ¿Cómo establecer como fin central de la tarea universitaria el propósito de enseñar esta posición ideológica que limitará el horizonte de la cultura y que provocará un clima de tensión, ya que inevitablemente surgirán partidos en pro y en contra de esta ortodoxia que la Universidad adopta como su doctrina oficial?

Y en segundo lugar la cuestión de la posibilidad de *hacer accesible* el tratamiento del problema. ¿Cómo pretender enseñar una visión sobre el hombre que pueda ser comprensible y aceptable a las diversas mentalidades, metodologías y terminologías de las diversas disciplinas? El problema del hombre, tal como se quiere abordar, es un problema filosófico y necesariamente requiere para su comprensión la familiaridad con los términos y métodos de esa disciplina. De aquí resultará que, o la Universidad requerirá incluir en todos sus programas tal carga de materias filosóficas que los programas crecerán desmesuradamente, o que la Universidad se tendrá que contentar con dar sólo algunos cursos introductorios que no estarán a la altura del objetivo que se pretende lograr y que -como la experiencia demuestra abundantemente- no serán tomados en serio por los estudiantes.

Consideremos estas dificultades. Desde luego que la amenaza de la indoctrinación está siempre acechando a la tarea universitaria que se proponga plantear el problema de lo que es el hombre. Creemos, por otra parte, que no se puede pretender que los maestros propongan este problema de una manera químicamente pura con completa imparcialidad y objetividad. Pero la respuesta de fondo a la objeción presentada se funda en la naturaleza del método que creemos ser el adecuado para lograr nuestro objetivo. En efecto, desde el mismo planteo inicial que hacíamos, se ponía de relieve que las preguntas por el hombre, las que inquietan por los motivos para su libertad y por la explicación de su ser, no pueden ser propuestas ni respondidas “desde fuera”: con un razonamiento que demuestre la verdad objetiva de ciertas afirmaciones. El modo de plantearlas y de avanzar hacia la respuesta necesita involucrar auténticamente al sujeto mismo. La consideración del problema debe hacerse “desde dentro” y “desde el fondo”. Es decir se trata de que el sujeto caiga en la cuenta de que lleva esas preguntas consigo: han nacido con él mismo, de que esas preguntas son absolutamente cruciales y de que el sólo puede hacerse luz sobre ellas *reflexionando*: volviendo sobre sí mismo. Estas preguntas no inquietan por los principios de una ciencia externa al sujeto, sino provocan el encuentro consigo mismo. Promover la reflexión sobre ellas consiste en promover que el sujeto tome conciencia de las diversas actuaciones en las que estas preguntas *ya están en marcha* dentro de sí mismo.

El método que se debe seguir, por tanto, consiste antes que nada en que la persona constate en su experiencia cuándo y cómo está actuando precisamente como hombre: cuándo y cómo está poniendo en juego su libertad y está escogiendo motivos eficaces para ella, cuándo y cómo está interrogándose quién es él, y cuándo y cómo está refiriendo a su ser-hombre sus actuaciones y conocimientos. Este anclarse en la experiencia y atender a las vivencias en las que se manifiesta la inquietud humana que se agita realmente en cada uno de nosotros es absolutamente crucial para que el proceso de reflexión se

sitúe en el terreno adecuado: en el del propio reconocimiento. De esta manera, la reflexión tiene en la realidad propia de cada quién la luz que lo pondrá por encima de los intentos de indoctrinación ideológica. Las ideologías no toman como punto de partida a la realidad concreta, experimentada en su riqueza, sino a un principio teórico que se establece como última fuente de la verdad.

Ya se comprende que todo hombre puede con sus propias palabras reconocer su experiencia y describirla con sus características típicas, las que la hacen ser *esa* experiencia. El método de reflexión no requiere el bagaje de una u otra disciplina. Sólo requiere la capacidad de reconocer y expresar lo que se vive.

El segundo paso del método consiste ciertamente en inquirir por la explicación intelectual de la experiencia vivida y descrita. Aquí es donde se presenta la mayor dificultad. Para encontrar esta explicación habrá que exponer los diversos modos de tensar sobre esas experiencias, y esto nos introduce al oscuro mundo de la filosofía científica, en especial al mundo de la historia de la filosofía, que nos instruye sobre cómo han intentado los hombres explicarse a sí mismos su ser-hombre. Esta dificultad sólo puede superarse con la ayuda de un maestro experto y consciente. Este maestro puede discernir cuáles son las intuiciones básicas propias de las diferentes corrientes de pensamiento, qué es lo que ellas comprendieron y afirmaron como lo fundamental en el hombre, lo que daba razón de todo lo demás. Y pueden discernir, además, cuáles son las actitudes prácticas vitales que ellas pensaron que eran los valores decisivos; cuál fue, en resumen, la idea y el ideal de hombres que ellas se formaron. Esta comprensión fundamental del hombre y de las actitudes prácticas correspondientes sí puede ser comprendida suficientemente sin necesidad de estar familiarizado con la ciencia de la Filosofía. Y no nos referimos a una comprensión puramente superficial, o incluso engañosa y manipuladora, sino a una comprensión del mensaje humano esencial que se contiene en la obra de los grandes pensadores, los que han originado las diversas corrientes de pensamiento. Al fin y al cabo ellos pensaron, y pensaron muy bien, sobre *la realidad del hombre* que todos compartimos. Este mensaje, pues, está al alcance de todas las mentalidades científicas. A menos que esta “mentalidad” haya desplazado el pensar propio del hombre.

Insistimos en que es necesaria la labor de un maestro experto y consciente. Se supone que una Universidad que merezca el nombre cuenta con este tipo de maestros. Es claro que necesita ser experto para poder discernir lo esencial y significativo del pensamiento de los grandes autores y para poder traducirlo al lenguaje común y corriente. El que sea consciente es necesario por otra razón. La presentación de las diversas explicaciones, por una parte, debe hacerse desde la lógica propia de cada una de ellas y debe valorarlas honestamente. Es cierto que estas explicaciones han hecho una aportación significativa a la comprensión que el hombre tiene de sí mismo y han puesto de relieve poderosamente algún aspecto de su realidad. Por otra parte, la consideración de estas diversas explicaciones tiene la finalidad de estimular el pensamiento crítico. Es necesario saber analizarlas y valorarlas. Es necesario tener claro qué es lo que en definitiva vienen a decir, en qué se fundan y qué posición se asume frente a ellas. Este promover el pensamiento crítico es el aspecto más valioso de la tarea del profesor, el más delicado, el que más requiere de tomar conciencia de que su misión es desarrollar la capacidad humana y la personalidad propia de sus discípulos.

Al considerar estas dificultades que se ofrecen a la proposición de la pregunta por el ser del hombre ocurre a nuestra mente la figura de Sócrates, el promotor decisivo del pensamiento de Occidente. ¿Qué hizo Sócrates? Provocar a los hombres de su tiempo, a los hombres de las calles de Atenas, a conocerse a sí mismos. Y lo hizo con palabras y razonamientos que todos pudieran entender. Y sus preguntas fueron tan bien entendidas que provocaron un sacudimiento incalculable. En sus discípulos, que se llenaron de entusiasmo por las perspectivas que él les abría, y algunos de los cuales se convirtieron profundamente. En sus enemigos, que comprendieron muy bien la amenaza que se les

venía encima. En todo el pensamiento posterior, que se orientó definitivamente por el rumbo que Sócrates señalaba. Sus enemigos lo acusaron de inoctrinar a sus discípulos, pero éstos sabían bien, como lo sabemos nosotros hoy, que lo que Sócrates hizo fue *enseñarlos a pensar*: a saber qué quería decir una cosa u otra y por qué, y a reconocer que todo conocimiento encuentra su valor y significación clave por la relación que tenga con el hombre. ¿Por qué no vamos a poder actualizar hoy el propósito, la obra y el lenguaje de Sócrates?

Hay una última consideración. Se puede decir que el conocimiento del hombre es algo tan grande y noble, y particularmente algo que interesa de tal manera a la persona en sus decisiones libres, que se adultera si se lo traduce apalabras y enseñanzas teóricas. La Universidad debe promover el conocimiento del hombre, pero por medio del *ejemplo*, por medio de la elocuente manifestación de las actitudes y las conductas prácticas de sus maestros y funcionarios. Estos modelos vivos darán a entender lo que es el hombre de una manera mucho más eficaz y adecuada que las teorías. Por tanto, no tiene ningún caso el incluir en los programas de la Universidad el tratamiento explícito de este tema.

Lo que se acaba de decir es verdadero en cuanto al valor que tiene la realidad ejemplar de las personas y en cuanto a la necesidad de que la conducta práctica manifieste las convicciones que tenemos acerca de lo que es el hombre.

Por poco que lo pensemos, sin embargo, podremos comprender que la autenticidad de la conducta no basta para ilustrar adecuadamente el interrogante que quiere saber lo que es el hombre. De manera especial no corresponde a la aportación específica que la Universidad debe hacer. Se trata de tomar conciencia sobre cuál es nuestra idea de hombre, qué pensamos que él es y por qué razones. Y esto de una manera explícita y clara. Para este propósito no basta con percibir valores humanos en las personas o los ambientes. Esta percepción nos mueve poderosamente, nos anima, nos hace incluso intuir qué es lo que hace valioso a un hombre, pero no explicita suficientemente los elementos necesarios para que afirmemos un juicio fundado que exprese lo que pensamos que es el hombre. Para esto necesitamos explicitar varias cuestiones sobre las actuaciones humanas fundamentales, necesitamos entender bien por qué en ellas se está poniendo en juego el hombre mismo y porque no es igual que se actúe en una dirección o en otra. El formarnos una idea sobre el hombre requiere de muchas tomas de posición que sean conscientes de que están afirmando un modo de entender y valorar y están desechando otro, y esto requiere un análisis crítico de muchos datos e interpretaciones.

Para confirmar lo que acabamos de decir puede servir ponernos como ejemplo el problema que plantea la adecuada comprensión y la adecuada puesta en práctica de los principios de la justicia social. Hay ciertamente muchas personas que sinceramente quieren obrar con justicia y dar a los demás lo que es suyo. Estas personas, aunque son incluso admirables en su justicia personal, no han comprendido sin embargo los factores que configuran específicamente el problema de la justicia social. No han comprendido que éste es un asunto en el que las *condiciones reales* en las que están las personas individuales, más allá de su propia voluntad y conciencia, tienen un peso determinante. Mientras no se considere y no se valore fundadamente este conjunto de condiciones no es posible avocarse a una comprensión correcta del problema. Y ponerse a la tarea de conocer y valorar estas condiciones y, más aún, de discernir entre las diversas concepciones que de ellas existen, supone algo específicamente distinto de la práctica de una conducta honesta.

Con esto llegamos al fondo del asunto: los interrogantes sobre el ser-hombre no son sólo una inquietud y una poderosa vivencia, son también -y más que nadie para el universitario- el fundamento de una verdadera *ciencia*: de un saber constituido por un conjunto específico de datos, de explicaciones

y razonamientos, que nos dan fundamento para establecer con certeza algunas afirmaciones y nos proponen un horizonte específico de conocimientos.

Necesitamos ahora presentar cuáles son los grandes temas de la ciencia sobre el hombre. ***El medio*** que la Universidad necesita poner en práctica para hacer una aportación significativa al conocimiento del hombre es precisamente la explicación de estos temas.

EL ÁREA DE INTEGRACIÓN: LOS DINAMISMOS FUNDAMENTALES DEL HOMBRE

Llegamos a la cuestión crucial: a la proposición de los medios adecuados para que la Universidad promueva eficazmente el conocimiento del ser hombre. A la búsqueda de estos medios es precisamente a lo que este escrito quiere hacer una aportación concreta.

Lo anteriormente expuesto ha pretendido mostrar que el conocimiento del ser hombre es una ciencia específica. Ahora nos toca exponer cuáles son los grandes temas que componen el campo de esta ciencia.

El hombre tiene actuaciones específicas y tipificantes, actuaciones que sólo son propias de él y son propias de todo hombre. Estas actuaciones son las siguientes: El hombre busca transformar la realidad para darle una forma humana, busca conocer la verdad, busca realizar valores por medio de su acción libre, busca convivir con los demás practicando la justicia y el amor, busca experimentar la belleza, y busca encontrar una respuesta y un valor que esté más allá de las limitadas condiciones presentes y ofrezca un sentido definitivo a su vida.

Se tienen muchas concepciones sobre el hombre, pero difícilmente se estará en desacuerdo con que las actuaciones mencionadas son las propias del hombre. Se piensa, desde luego, de muchos modos sobre la naturaleza del objeto de esas actuaciones: sobre lo que es la vida, la justicia, el más allá... Se puede incluso pensar que esos objetos no existen y son pura ficción, pero difícilmente se pensará que el hombre como tal no actúa precisamente en la dirección que le marca la búsqueda de esos objetos. Difícilmente se pensará que es más humano buscar la falsedad que la verdad, la enajenación que la libertad, y así de los demás.

He aquí los grandes temas de la ciencia del hombre. Es muy cierto que los interrogantes que aquí se plantean han dado origen a la compleja y peculiar ciencia de la Filosofía que se ha desarrollado enormemente en la historia y ha dado lugar a un mundo inabarcable de teorías y posiciones. Pero sigue siendo cierto que son los temas que corresponden a la actuación de todo hombre y a los interrogantes que todo hombre se plantea cuando quiere tomar conciencia de sí mismo.

Ni se puede ni se debe pretender que todos los universitarios hagan “la carrera” de Filosofía y se especialicen en esa disciplina. Pero sí se puede pretender que todo universitario pueda darse razón a sí mismo sobre la actuación de estos interrogantes, de una manera elemental pero seguro y suficiente, que le haga caer en la cuenta de cuál es el sentido y el valor de ser-hombre. Esta ciencia, y a este nivel, es la que la Universidad debe proponer a todos los que se formen en ella.

El conjunto de cursos que propongan estos temas es la que llamamos “Arca de Integración”. La llamamos “Arca” porque es un conjunto de cursos cuyo objetivo es la explicación de la temática que corresponde a las actuaciones humanas fundamentales. La llamamos “de Integración” porque establece las coordenadas en las que todos los otros conocimientos se sitúan y se relacionan con el interrogante clave. Es claro que, comprendida así, el Área de Integración no es una parte del currículum en la que se hacen exhortaciones a la buena conducta, o se imparten conocimientos “culturales” de esos que hacen accesible e interesante la visita a museos o la asistencia a conferencias y demás eventos de esta especie. Comprendida así, el Área de Integración es el corazón de un currículum universitario.

Vengamos ahora a presentar esquemáticamente el contenido de los grandes temas que componen esta Arca de Integración. Dividamos esta temática en dos secciones. La primera sección

comprende la reflexión sobre los interrogantes básicos del hombre que están en el origen de todo el dinamismo humano, considerados en sí mismos. La segunda sección comprende la consideración de cómo estos interrogantes entran en acción con los campos más importantes del saber y de la actividad múltiple del hombre.

En la primera sección el primer tema es el de la **Verdad**. En efecto, todo el problema del hombre nace por la relación en la que entramos con las cosas, y con nosotros mismos, por medio del conocimiento. Y aquí la pregunta por la Verdad es crucial. Se trata sencillamente de saber si nuestro conocimiento sirve para algo o si no sirve para nada.

Continuamente, y también hoy, se menosprecia la pregunta por la verdad. Se dice que lo importante es preguntarnos por los valores, por nuestras actitudes prácticas, por aquello con lo que vamos a comprometernos con nuestra acción. La cuestión de la verdad y todo lo que tiene que ver con teoría del conocimiento nos sumerge en consideraciones abstrusas y abstractas, que lejos de motivarnos a vivir, nos provocan confusión. Pero esta consideración es miope. Desde luego, en el fondo está afirmando que “la verdad es que es mejor ocuparse de esos otros problemas”. Pero además está pretendiendo plantear el problema del hombre de un modo inhumano. En efecto, está dando por supuesto que el hombre está llamado a actuar en la ceguera, sin discernir qué es lo que en realidad está pretendiendo. ¿Cómo se puede pensar que es indiferente para el hombre abrazar lo verdadero o lo falso? ¿Cómo se puede pensar que para él tener conciencia de que lo que afirma y quiere es verdadero es igual que tener conciencia de que se está engañando o ilusionando? Demasiado sabe nuestra historia que pretender obrar la justicia menospreciando el reconocimiento de la verdad es condenarse a decidir que lo justo es lo que se acomoda a nuestra conveniencia.

La crucial pregunta por la verdad es respondida de muchos modos. Hay quien piensa que el hombre tiene ciertamente conocimientos verdaderos, pero esta verdad sólo es relativa al hombre. Es verdadero lo que es útil o funcional para él, o lo que se adecua a las reglas de su pensamiento. Siguen a la letra el viejo adagio de que el hombre es la medida de todas las cosas, también de la verdad. Hay quienes piensan que nunca podremos resolver con certeza la pregunta por la verdad y que es inútil atormentarnos con ella. Hay quienes piensan que sí podemos conocer la verdad, que nuestro conocimiento necesariamente se abre a ella. Piensan, más exactamente, que en rigor la verdad no se “conoce”, *se afirma*. Esta afirmación supone que el sujeto re-flexiona, se vuelve a sí mismo y activamente toma posición: afirma que *algo es o no es*. Esta afirmación sólo se puede hacer razonablemente fundándose en el reconocimiento de la evidencia por la que la realidad manifiesta su ser. Al afirmar la verdad el hombre se afirma a sí mismo en su dignidad de sujeto, ya que esa afirmación es, indispensablemente, un acto de él mismo que nadie puede poner por él, y al mismo tiempo se desborda a sí mismo ya que se sitúa en un ámbito que tiene su parámetro en algo infinitamente mayor que él: la realidad absoluta. Si pensamos de esta manera, comprenderemos que la afirmación de la verdad nos compromete con la realidad y no con ningún otro criterio que se acomode a nuestra conveniencia.

Como quiera que sea, parece claro que sólo el reconocimiento de la verdad libera. Porque nos sitúa sobre la apariencia y el engaño. Y porque sólo por la afirmación consciente de la verdad sabemos qué es lo que estamos queriendo, de manera que el rumbo de nuestra acción no quede determinado en último término por algo extraño a nosotros. La libertad es absolutamente incompatible con la inconsciencia.

La afirmación de las verdades particulares nos lleva a preguntarnos por la “Verdad de las verdades”. En efecto toda afirmación de alguna verdad está afirmando que algo *es* absolutamente. Es

decir, que captamos que de hecho esa realidad es, y no puede no ser tal como la estamos afirmando. Esto nos plantea la pregunta acerca de cuál es el fundamento de que algo particular y limitado pueda ser absolutamente, y de que nosotros, seres limitados, podamos hacer afirmaciones absolutas.

Esta pregunta por la “Verdad de las verdades” lleva implícita la pregunta por el hasta dónde se extiende nuestro conocimiento posible de la verdad. Conocemos siempre verdades limitadas, pero precisamente reconocemos su *límite* y, al hacerlo, inmediatamente nos surge la pregunta por lo que está más allá de él.

Lo que se ha dicho muestra la importancia y el sentido de explicitar el problema de la verdad. Corresponde a la sabiduría del maestro experto proponer la sustancia de esta problemática de un modo accesible e interesante. En la práctica esa problemática se concentra en preguntas parecidas a las siguientes: ¿Por qué le importa al hombre conocer y afirmar la verdad? ¿Cómo puede saber el hombre que conoce la verdad? ¿Cuáles son las operaciones propias de un pensar correcto que es capaz de afirmar la verdad? ¿A qué perspectivas últimas nos abre el conocimiento de la verdad?

El problema de la verdad nos remite inmediatamente al problema del *Bien* y, más en concreto al problema de nuestro actuar libre que realice valores. Si la afirmación de la verdad es el problema fundamental del hombre, la actuación de nuestra libertad es, como lo señalábamos desde el principio, el problema culminante. Aquí se juega en definitiva todo el sentido y el valor del hombre.

Se nos plantea antes que nada el interrogante por la existencia de nuestra libertad. Grandes corrientes de pensamiento niegan que seamos libres y afirman que en último término nuestra acción queda determinada por Algo o Alguien extraño a nosotros. Hay, por el contrario, quienes afirman que somos libres, que tenemos un real -aunque limitado- dominio de nuestros actos humanos. Piensan que toda la dimensión ética del hombre y su dinamismo psicológico quedarían sin explicar si no tenemos esa libertad. Piensa que la libertad es la consecuencia de nuestra consciente afirmación de la verdad y es la manifestación de que somos alguien cuyo ser es único e incommunicable a nada o a nadie más. Es evidente que aquí se da la cuestión más discriminante de todas: los que piensan que el hombre es libre piensan en un ser. Los que piensan que no lo es están pensando en otro ser.

La posición que tomemos sobre nuestra libertad nos llevará a un modo de pensar sobre nuestra responsabilidad de ser-hombre. Nos agobia la irresponsabilidad social que experimentamos a nuestro alrededor, y esto nos demanda tomar una posición sobre lo que es nuestra responsabilidad personal, pues no se puede dar aquélla sin ésta.

Aquí se plantea de lleno el gran problema humano al que aludíamos al principio de este escrito: ¿Cuáles son los motivos valiosos que pueden ofrecerse a la libertad del hombre para que éste actúe de manera de crecer y desarrollarse, y no se destruya a sí mismo? Y esto nos lleva a preguntarnos qué es lo que hace que algo sea en verdad *valor humano*.

Según algunos, el fundamento del valor humano está en la satisfacción que un objeto pueda ofrecer al hombre. Otros piensan que está en la aprobación que la Sociedad de una u otra manera le da a una conducta. Otros piensan que el valor humano se impone por sí mismo, sin más, al actuar del hombre como un imperativo categórico que no puede fundarse en ninguna otra cosa. Hay quienes piensan que el valor humano se explica por la congruencia que el objeto tenga con el ser racional del hombre. “Desde que se descubre la posibilidad de ser racional, se descubre la necesidad de serlo”. La realidad no es caótica ni anárquica. Hay en ella una luminosidad, una consistencia interna por lo que los objetos reales tienen una relación de congruencia o incongruencia con la dignidad del hombre. La

motivación para el actuar libre no estará en otra cosa que en la comprensión de lo que desarrolla y plenifica al hombre como tal. Aquí emerge la crucialidad que tiene el promover la toma de conciencia de qué es lo que se está apreciando como valor y por qué.

Nos preguntamos ahora por los valores que animan la convivencia humana. Es decir, nos preguntamos por lo que es la **Justicia** y lo que es el **Amor**.

Si las actuaciones fundamentales del hombre son la afirmación de la verdad y el actuar libre que realiza valores, estas actuaciones no se dan en un ámbito individual, aislado de los demás. Los hombres nos situamos en una estrecha convivencia con nuestros semejantes, convivencia que influye poderosamente en aquellas actuaciones.

Tenemos, en primer lugar, un ámbito **próximo** de convivencia, con pocas personas. Aquí nos preguntamos por la naturaleza de las relaciones interpersonales, de la amistad y -más importante que todo- del amor.

De estos temas se habla a todas horas y en el más diverso tipo de niveles de seriedad. A nuestra reflexión corresponde inquirir por la manera como el ser del hombre se despliega en estas actuaciones y por qué son tan necesarias y valiosas para él. Así encontraremos el criterio que nos haga luz sobre su valor.

Dentro de la consideración de este ámbito próximo de la convivencia es imperativo decir alguna palabra sustancial sobre la familia.

En segundo lugar, hay un ámbito **amplio** de la convivencia en el que entramos en relación con innumerables personas en la sociedad civil. Aquí se plantea la pregunta fundamental por la relación entre la Persona y la Sociedad. Hay quienes sostienen que los individuos son de tal manera sujetos cabales de su realización que la sociedad es sólo el campo en el que se debe operar su desarrollo. Hay quienes piensan que el verdadero sujeto pleno de derechos es la Sociedad y por tanto los individuos son parte subordinadas al Conjunto humano. Hay quienes piensan que cada individuo es un todo en sí mismo y es un sujeto de derechos inalienables, pero es un ser que tiene una **relación** esencial a sus semejantes.

Conforme a estas concepciones básicas se pensará de diversa manera sobre los factores de la convivencia y en especial sobre lo que es la Justicia Social.

Es necesario caer en la cuenta de que todos los interrogantes de la Justicia no pueden plantearse en el marco de la consideración de la pura relación interindividual, sino que es imperativo tomar conciencia de cuáles son las condiciones estructurales -sociales, culturales, económicas y políticas- que rigen en una sociedad. Sólo así estaremos en posibilidad de juzgar qué se puede en verdad considerar que pertenece a cada quien. Y dar a cada quien lo que le pertenece es el objetivo de la justicia.

Sobra casi decir que la adecuada consideración del problema de la justicia social es de urgencia decisiva. La viabilidad de la existencia de sociedades que puedan llamarse humanas depende de la posibilidad de realizar la justicia social. Paralelamente, la viabilidad de una formación universitaria que promueva el conocimiento y aprecio del hombre depende de la posibilidad de que este problema pueda ser adecuadamente propuesto.

Las actuaciones fundamentales del hombre que acabamos de describir: la búsqueda de la Verdad, el Bien, la Justicia y el Amor no se da ciertamente en un horizonte que sólo nos refiera a nuestra situación presente. Los hombres nos preguntamos inevitablemente por lo definitivo, por la totalidad de la realidad, por nuestra raíz y nuestro destino. Vivimos en limitados momentos presentes, pero nos preguntamos por el Siempre. Nuestro dinamismo *se abre a lo ilimitado*, y nos preguntamos por lo trascendente: lo que “está más allá”.

Esta no es una pregunta que le haya sido enseñada al hombre por alguna religión, filosofía o tradición. Como las otras búsquedas que hemos reseñado, esta pregunta surge de la entraña más íntima del hombre. “Cuando vengo de mí mismo, no puedo venir de más lejos”, decía Fray Luis de León. Si la pregunta por la verdad es lo más básico en el dinamismo del hombre, y la actuación libre lo más discriminante, la inquietud por lo trascendente es lo más definitivo del hombre: lo que muestra aquello que en último término es realmente el hombre y lo que en último término vale su actuación. Mientras no se responda a esta pregunta, la verdadera respuesta a la inquietud del hombre sólo se desplaza a un término más lejano para quedar ahí igualmente irresuelta.

El pensamiento humano ha respondido de muchas maneras a la pregunta por la trascendencia y lo ilimitado. Hay quienes piensan que ese principio último es la Materia y entienden por esto el principio básico de la realidad que está ahí simplemente arrojado a la existencia sin ninguna conciencia o transparencia de sí mismo para sí mismo. Hay quienes piensan que ese principio último es el Devenir o el todo, que nos envuelve a todos y todos lo formamos en el proceso de hacerse, o simplemente de ser eso que es. Muchos piensan que los hombres no podemos responder a esta pregunta. Más aún, piensan que esta pregunta es por su propia naturaleza inaccesible a ser respondida. Hay quienes piensan que sí podemos llegar a la certeza de la existencia del Ser Absoluto, Primer Motor o Idea Suprema, pero no podemos establecer ninguna relación con ese ser. Hay quienes piensan que podemos conocer no sólo la existencia de ese Ser Absoluto sino conocer que es un Ser Personal, que ha dado origen libremente a toda la realidad y que, por tanto, podemos estar a la escucha de la palabra que El quiera dirigirnos.

En nuestro mundo de hoy encontramos tanto el olvido o la indiferencia por la apertura a lo ilimitado, como múltiples manifestaciones de que esta inquietud sigue agitando el corazón del hombre. En la obra de muchos de los grandes pensadores y artistas contemporáneos, de aquellos que más caracterizan nuestra época, se expresa esta búsqueda del más allá que frecuentemente sólo encuentra la ausencia de Dios: el no estar ahí de quien debía estar ahí.

No es posible plantearse la pregunta por el ser del hombre y dejar de lado este dinamismo humano, esta apertura a lo ilimitado. Desde luego que se tendrán diversas maneras de responder a este interrogante, pero es arbitrario, y sólo explicable por prejuicios asumidos dogmáticamente, decretar su inexistencia o su inadecuación para ser abordado explícitamente en la ciencia del hombre que la Universidad promueve.

Consideramos por fin el dinamismo humano que lo lleva a percibir y gustar la *Belleza*. Sólo el hombre lo puede hacer.

La captación de la belleza manifiesta que el hombre percibe -y lo percibe precisamente con su sensibilidad- que la realidad es algo más grande que la comprensión que él pueda tener de ella. Percibir la belleza es percibir el *esplendor*, la majestad del ser, y quedar subyugado por eso.

No hay mucho que explicar sobre esta percepción. Precisamente se trata de algo que es diverso de la comprensión racional. Pero sí hay mucho que desarrollar y que hacer experimentar. De esta

manera el universitario se acercará del modo más personal -el de su propia, incomunicable experiencia- a la familiaridad con el ser-hombre. Esta experiencia aportará algo que no puede aportar la consideración de ninguno de los otros temas.

Hemos presentado así la temática de esto que llamamos primera sección del Área de Integración, la que nos lleva a la explicitación directa de lo que es el hombre mediante la explicitación directa de lo que se entraña en sus actuaciones fundamentales.

Esta presentación muestra por sí misma que la pregunta por lo que es el hombre necesita, para ser respondida suficientemente, de la consideración formal y directa de varios temas que tienen su *contenido propio*. No es posible darnos razón de lo que es el hombre sólo por alusiones que se hagan a estos temas cuando se está hablando de otros temas de las diversas disciplinas.

Seguramente no hemos podido evitar el dar la impresión de que estos temas son demasiado amplios y profundos como para ser expuestos fuera del marco especializado de la disciplina de la Filosofía. No lo hemos podido evitar porque necesitábamos presentar con un cierto desarrollo la sustancia de estos temas, y reducirse a lo esencial exige apretar las expresiones y los planteamientos. Insistimos, sin embargo, en que un maestro experto y consciente puede seleccionar bien los problemas que va a plantear a sus alumnos y encontrar el modo de hacer accesible a ellos la reflexión sobre estos problemas que son sus problemas. Ellos los viven y les están buscando una respuesta. Hablaremos un poco más sobre esta cuestión del método. Recordemos aquí solamente el dicho de un viejo maestro de Filosofía: “El maestro joven enseña todo lo que sabe, el maestro adulto enseña lo que a él le interesa, el maestro maduro enseña lo que el alumno necesita”.

EL ÁREA DE INTEGRACIÓN: LA RELACIÓN DE LA CIENCIA DEL HOMBRE CON LAS OTRAS CIENCIAS

La consideración de los temas que hemos señalado nos da una visión fundamental del hombre. Nos da a conocer cuál es su esencia, porque nos hace entender cuáles son sus dinanismos fundamentales: cuál es la dirección inalienable que sigue su acción y cuáles son las raíces de su ser.

Pero no podemos quedarnos sólo con esta visión. Necesitamos considerar los campos concretos de la actuación del hombre, para describir de qué manera se ponen en juego en ellos esos dinanismos fundamentales. Desde el principio señalábamos que el drama del desarrollo científico moderno es no encontrar ni explicitar la relación que tiene con el ser-hombre el cúmulo de conocimiento que adquiere. También sería dramático no explicitar la relación que tiene el conocimiento que adquirimos del ser-hombre con el campo de sus actuaciones reales.

Desde luego aquí se manifiesta la necesidad de que una Universidad que quiera dar una formación humanista organice los currículums de las carreras que ofrece teniendo como criterio la relación que cada campo de actividad tiene con el ser-hombre. En verdad hay muchos motivos que pueden mover a aprender una ciencia y hay muchos fines que pueden mover a que se adquiera una capacidad profesional. Se puede adquirir una capacidad para hacerse de una posición ventajosa o para realizar otro tipo de pretensiones. Cuando se quiere dar una formación humanista, la finalidad central y última que está en juego es buscar el desarrollo del ser-hombre con tal de promover la existencia de hombres que tengan las capacidades necesarias para transformar este mundo por medio de sus diversas actividades, en orden a crear un espacio cada vez más adecuado al hombre. Es claro que la orientación que se dé a un currículum, y con ello el ejercicio de una profesión, es muy diverso si se persigue un fin humanista o si se persigue otro tipo de fines.

Pero también es necesario que la pregunta por la relación que existe entre el hombre y los diversos campos de su conocimiento y actividad se plantee *desde la comprensión misma del ser-hombre*. Así se provocará la toma de conciencia de esa relación de una manera más explícita y plena. Esta explicitación de la relación que tiene el ser-hombre con los diversos campos de su actividad y conocimiento tiene, a su vez, dos aspectos diversos. Por una parte podemos considerar cómo los *objetos* mismos adquieren una nueva dimensión al ser vistos a la luz de la relación que tienen con el hombre, y por otra parte el *ser-hombre mismo* adquiere nuevas dimensiones por la relación que tiene con esos objetos. Por una parte, pues, es necesario considerar la dimensión humana que tienen los objetos y, por otra parte, es necesario considerar la amplitud de caracterización que tiene el sujeto hombre precisamente porque su ser se actúa por y en la relación a esos objetos.

Conforme a lo que hemos dicho, el Área de Integración no pretende estudiar ampliamente la materia de muchas disciplinas. No lo puede hacer. De lo que se trata es de despertar la capacidad de relacionar con el ser-hombre los diversos conocimientos. El despertar de esta capacidad no requiere saber muchas cosas. Esta capacidad no se funda en la extensión de los conocimientos, sino en el *descubrimiento de una perspectiva*.

El asunto es, pues, plantearse preguntas como la siguiente: ¿Qué nos dicen estos conocimientos de las diversas disciplinas sobre el modo como el hombre puede conocer su verdad, sobre los motivos que se le proponen a su actuar libre, sobre las posibilidades o exigencias de actuar la justicia, sobre el modo como se abre a la dimensión definitiva de la realidad? Insistimos en que el asunto no depende de la cantidad del saber, sino del modo como ese saber se pone en relación con un horizonte que es más plano que el suyo particular: el horizonte del ser-hombre.

Vengamos a exponer cuáles son los campos del saber que más se prestan para explicitar esta relación y a expresar cuál sería el tipo de preguntas que se plantea.

1. El conocimiento de la naturaleza. Se nos presenta a nuestro estudio y a nuestra contemplación un universo asombroso. La ciencia natural nos introduce a esa inmensidad que es el mundo de los cuerpos, inorgánicos y orgánicos, con sus leyes y características, que constituyen un conjunto de maravillas inimaginables. Este es nuestro mundo, el terreno que nos sostiene, del que tomamos nuestro ser y al que transformamos por nuestra acción. A nosotros nos importa planteamos dos tipos de preguntas. Por una parte nos preguntamos qué significa este mundo para el hombre, qué relación tiene con él, cuál es su sentido y valor, dado que consideramos que es precisamente el mundo del hombre: el que le está dado como componente de su ser, como casa, como taller, como material de construcción, como marco y como paisaje. Por otra parte nos preguntamos qué significa para el hombre el hecho de estar en este mundo, de ser terreno y estar enraizado de tal modo en el universo material; cómo esta situación y caracterización terrena condiciona y afecta su conocimiento de la verdad, su búsqueda del bien y todas sus otras actuaciones fundamentales.

2. El mundo de los sentimientos y afectos. Sabemos demasadamente que nuestras actuaciones están profundamente influidas por este conjunto de impulsos que nos llevan en direcciones tan diversas, y frecuentemente tan opuestas a la razón. Es tal la fuerza de estos impulsos que llegamos incluso a experimentar dolorosamente que en nosotros viven seres diversos en conflicto. Sabemos que estos impulsos tienen un peso decisivo en nuestras actuaciones y captamos que no podremos desarrollarnos adecuadamente como hombres si no logramos integrarlos en una armonía que nos dé identidad y seguridad en nosotros mismos. Sabemos que nuestras decisiones reciben su fuerza vital de la integración afectiva y que no realizaremos nada grande ni bello si no lo queremos con la pasión de todo nuestro ser. En la consideración de este campo de los sentimientos y afectos se ofrece la reflexión sobre las *relaciones interpersonales*. Al tratar los dinamismos fundamentales incluimos desde luego la consideración del amor que obviamente pertenece a lo más propio de la esencia del hombre. Aquí abordamos el tema fijando nuestra atención en las condiciones psicológicas y en la naturaleza de los procesos de comunicación interpersonal en tanto que estos aspectos están tan profundamente influidos por nuestros sentimientos. Con respecto a este campo nos preguntamos cuál debe ser el criterio para discernir el valor y el sentido de estos sentimientos, cuál es la aportación que ellos hacen al desarrollo pleno del ser-hombre y cuáles son los principios para integrarlos del mejor modo posible a los dinamismos fundamentales del hombre. Por otra parte nos preguntamos cómo modifican los sentimientos y afectos la afirmación de la verdad y el actuar valioso del hombre, dado que ellos forman una parte tan íntima y tan profunda de su ser.

3. La realidad social de nuestra patria. Es demasiado claro que nuestro ser-hombre está profundamente afectado por las condiciones de nuestra sociedad. No es posible considerar nuestro problema de ser-hombres sin situarnos en las condiciones sociales en las que vivimos. Sabemos bien que nuestra sociedad está formada por grupos sociales que viven en condiciones muy diversas y que estas condiciones están a la vez profundamente distanciadas y estrechamente vinculadas entre sí. Vivimos en una sociedad que tiene una herencia secular de desigualdades y contrastes. Nuestra sociedad presenta múltiples situaciones en las que operan problemas sociales de gran conflictividad y que dan pie a muy diversas interpretaciones valorales. El conocimiento y la reflexión sobre algún aspecto particular de nuestro mosaico de grupos sociales promoverá el interés y la capacidad para analizar nuestra realidad social y los factores humanos en ella implicados, de manera que se pueda ver más allá de lo que aparece en la superficie o es presentado según el interés y la ideología de grupos particulares. A este respecto se plantean preguntas acerca de cómo el desarrollo del ser-hombre es incluido por esas consideraciones sociales, de cómo el ser-hombre va a situarse en ellas con

autenticidad y congruencia. Y por otra parte se plantean preguntas sobre cómo la búsqueda de la verdad, el bien, la justicia y la trascendencia queda modificada, desde las concepciones intelectuales mismas, por nuestro ser-sociales y serlo en estas condiciones particulares.

4. Nuestra situación histórica. Bien sabemos que nuestra realidad está profundamente caracterizada por nuestra trayectoria histórica. El ser-histórico afecta de manera potente nuestro ser-hombre. Sabemos que México no nació ayer, ni ha sido siempre el mismo, ni se ha desarrollado en un ámbito aislado del mundo. Se ofrecen diversos caminos para explicitar la relación que tiene el conocimiento de la historia con el conocimiento del ser-hombre. Por una parte se plantean preguntas acerca de cómo se vivieron las dimensiones del ser-hombre en las diversas épocas o situaciones históricas, de cuáles fueron los ideales de esos hombres, cuáles fueron sus logros humanos y sus fallas, cuáles fueron sus demonios y sus dioses. Nos preguntamos en qué creyeron, qué esperaron, qué amaron, qué fuerza tuvieron las condiciones históricas en las que vivieron para impulsar su desarrollo como hombres o para oponerse a él. Y la consideración de estos temas nos remite a considerar cómo esa situación histórica se relaciona con la nuestra, cómo se contrasta o se identifica, se continúa o se rompe. Por otra parte, nos preguntamos no cómo una u otra época particular influyó en el desarrollo del ser-hombre, sino cómo influye en este desarrollo el hecho fundamental de ser-históricos, de vivir en la sucesión cambiante de las condiciones materiales y de las relaciones sociales. No sólo se trata de incorporar nuestro saber sobre la historia a nuestra reflexión sobre el ser-hombre, sino se trata de incorporar a nuestra reflexión misma el *pensar histórico*. No es igual el modo de pensar de un ser que es siempre el mismo, que el modo de pensar de alguien cuya realidad -por más que sustancialmente permanezca la misma- está arrojada a una corriente continua de transformación de las situaciones en que vive.

La consideración de la historia se presta especialmente para comprender las dos maneras como -según indicábamos al principio de este capítulo- nuestro estudio puede y debe explicitar la relación entre el ser-hombre y sus actividades. Por una parte se enriquece nuestro saber sobre el hombre en tanto que él es el *objeto* de nuestro conocimiento: sabemos más sobre el ser y enriquecemos la comprensión de su ser cuando consideramos cómo el ser-hombre se pone en juego en esas diversas actividades que son la circunstancia de su ser. Progresamos entonces en el conocimiento del hombre al poder reconocer qué preguntas y qué valores concretos se presentan a sus dinamismos fundamentales cuando operan en este o en aquel campo de la realidad. Y, por otra parte, se enriquece nuestro saber sobre el hombre cuando tomamos una conciencia más plena de cómo operamos en tanto que somos sujetos cuyos dinamismos están afectados por las diversas circunstancias de nuestro ser, y de esta manera el mismo modo como nos planteamos nuestra pregunta sobre el hombre se hace más congruente con nuestra realidad siempre circunstanciada. Siempre se trata de pensar sobre el ser del hombre, pero ya que nuestro pensar es de hombres y los hombres estamos siempre en diversas situaciones, nuestro pensar se hará más correspondiente a lo que somos.

5. La creación artística. Es una de las expresiones más auténticas, plurales y abundantes del ser-hombre. Por las creaciones artísticas el hombre no sólo percibe la belleza y los valores estéticos, sino que los expresa, y los expresa como él los *siente*. Por el arte el hombre hace visible lo invisible y parece llevar a la materia más allá de sí misma. Es evidente que el arte es una revelación privilegiada del ser-hombre. ¡Nos dice tantas cosas no sólo del artista, sino de su sociedad y de su época, y de nosotros mismos! Difícilmente podemos encontrar una manifestación más segura ni más elocuente de lo que han sido los hombres que sus creaciones artísticas. Aquí por una parte nos preguntamos qué ideales, convicciones y vivencias humanas tuvieron los creadores de esas experiencias; cómo se manifiesta en ellas el ser-hombre y el ser-hombre en la circunstancia propia de esos artistas; que produce en el ser-hombre no sólo la captación de la belleza sino la creación y la contemplación de las

obras de arte; a qué sociedad humana corresponden esas creaciones, cómo influyeron en ella y cómo influyen aún ahora en nuestra sociedad. Por otra parte nos preguntamos cómo piensa y quiere y afirma la verdad y el valor, cómo se abre a lo trascendente, el sujeto que así se expresa, que así recrea su mundo y que así siente el esplendor del ser.

6. Los medios de comunicación social. Nuestro mundo no sólo está bajo la influencia abrumadora de los medios de comunicación, sino además ha desarrollado una creciente teoría sobre estos medios y sobre los hombres a los que se dirigen. Esta teoría no trata propiamente de abordar el interrogante por el ser del hombre, pero sí trata de saber todo acerca del modo como los hombres reaccionamos a los mensajes que se nos comunican. Aquí nos preguntamos cuáles son los criterios de valor humano que se aplican a estos medios; cuál es, por consiguiente, la comunicación masiva que promueve el conocimiento de la verdad y la libertad del hombre, y cuál es la que tiende precisamente a lo contrario. Y también nos preguntamos sobre la naturaleza de los dinamismos humanos que necesitan estar en la situación de vasos comunicantes para desarrollarse; nos preguntamos sobre la solidez y consistencia del pensamiento y el querer del hombre, quien se manifiesta tan moldeable por los mensajes que se le comunican.

Resumamos: se trata de explicar la relación que tienen al hombre los diversos aspectos de la realidad que son conocidos por las diversas disciplinas: El explicitar y comprender la relación dicha nos llevará a alcanzar de una manera más plena el fin que estamos persiguiendo: el conocimiento de lo que es el hombre. Primero, nos facilitará la comprensión de cómo en esos diversos campos del actuar y del conocer entran en acción los dinamismos fundamentales del hombre, aquellos que surgen de su ser y que caracterizan su actividad como específicamente humana. Segundo, nos hará tomar una conciencia más plena de cómo actuamos los hombres: seres terrenos situados en una naturaleza prodigiosa, que estamos siempre bajo el impacto de los sentimientos, que convivimos en una sociedad pluriforme y conflictiva, que somos parte de un proceso histórico, que percibimos y recreamos la belleza y los valores estéticos, y que estamos inmersos en un ámbito pletórico de mensajes.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA ESTRUCTURA Y DE LOS CURSOS DEL ÁREA DE INTEGRACIÓN

Hemos expuesto los temas que deben abordarse en el Área de Integración. La manera como se haga la organización de cursos que tengan como objetivo estos temas es múltiple y dependerá también de la estructura general del currículo que se tenga en cada Universidad.

Proponemos aquí un modelo que puede resultar operativo. Desde luego es necesario que haya algunos cursos que tengan como objetivo específico la consideración directa de los dinamismos humanos fundamentales. Un curso, que podemos llamar Introducción al Problema del Hombre, se dedica a los temas de la Verdad, el Bien, el Amor y la Belleza. Otro curso, que podemos llamar Introducción al Problema Social, se dedica al tema de la Justicia. En efecto, los problemas inherentes a la reflexión sobre la justicia social requieren de la consideración de una temática amplia y compleja que apenas podrá ser abordada en un curso especial. Recordemos que no se trata de saber muchas cosas, sino de promover la formación de un criterio. Aquí vale plenamente el viejo adagio de “non multa sed multum”. En este curso se debe tratar también el problema de la familia como institución social. Estos dos cursos que tienen una temática propia, la más básica de toda el Área de Integración, deberán ser impartidos a todos los alumnos. Se tiene así la proposición de la plataforma fundamental desde la que se puede abordar el modo como el ser-hombre se pone en acción y se desarrolla en los diversos campos de la cultura.

¿Y la pregunta por lo trascendente? Este curso no conviene presentarlo de una manera unívoca. Al contrario, conviene ofrecer diversas posibilidades para que esta pregunta sea abordada en el campo que más convenga a los intereses y las afecciones de cada quien. Es necesario, como ya comentábamos, explicitar que esta pregunta está en el hombre, pero esta explicitación puede hacerse por la reflexión sobre el mundo como actúa este dinamismo en las diferentes manifestaciones de la cultura. Desde la reflexión sobre obras de contenido propiamente religioso hasta la reflexión sobre obras de literatura de autores agnósticos o ateos.

Para la reflexión sobre los temas que señalábamos para la segunda sección del Área de Integración conviene ofrecer una variedad de cursos que consideren diversos aspectos de la actividad humana que abarca cada tema. Los alumnos podrán escoger los cursos que más les acomoden. Lo que es esencial es que a base del conocimiento de diversas materias siempre se explicita la relación al hombre. Ofrecer esta pluralidad de cursos enriquece mucho las posibilidades y perspectivas del Área de Integración.

Si contamos los tres cursos de la primera sección, se podrá prescribir que se tomen tres cursos más en esta segunda sección. Los alumnos también tendrán la opción de escoger los temas que más correspondan a su interés.

Vengamos, por último, a considerar cuáles son las características propias que deben tener todos los cursos del Área de Integración para que sean medios aptos para lograr el objetivo propuesto.

En primer lugar, deben tener un *auténtico contenido académico*, que debe ser entendido y asimilado por los alumnos. Se trata de conocer racionalmente algo que nos enseña alguna disciplina científica. Esto caracteriza nuestros cursos como algo diverso de otro tipo de consideración que pudiera ir desde un ejercicio práctico hasta una exhortación moral. En los cursos de la primera sección este contenido consta de los razonamientos que se proponen para tener una idea clara y fundada de lo que son los dinamismos humanos y los diversos modos de pensar sobre ellos. En los cursos de la segunda

sección este contenido consta de los conocimientos de las disciplinas científicas que son la base del curso. Es necesario insistir en que este contenido debe ser realmente aprendido por los alumnos. Si se descuida el aprendizaje de estos contenidos, los cursos inevitablemente se convertirán en charlas y esto llevará a que los alumnos, y en general toda la Universidad, los consideren algo extraño a la actividad académica y desde luego de menor valor. El aprendizaje de los alumnos de este contenido, además, dará pie para realizar un aspecto importante de la evaluación del curso. Todo curso debe llevar algún tipo de evaluación y hay que tener presente que un curso que no va a recibir una calificación oficial no será tomado suficientemente en serio por los estudiantes.

En segundo lugar, estos contenidos se aprenden en *orden a fundamentar una reflexión valoral*. Esto de ninguna manera quiere decir que van a convertirse en una exhortación moral, sino que se dirigen precisamente a hacer una explicitación de la relación que esos contenidos, que son propios de una disciplina y campo del saber, tienen con el ser-hombre. En reconocer y apreciar esta relación consiste la sustancia de esta reflexión valoral, ya que precisamente así se cae en la cuenta de lo que significan y valen *para el hombre*.

En tercer lugar, estos cursos deben ser impartidos con una *metodología adecuada*. Con aquella precisamente que promueva del mejor modo posible el que esa relación al hombre sea reconocida. El conocerse a sí mismo no puede operarse del mismo modo que conocer otros objetos. El hombre mismo, sujeto de su conocimiento, debe involucrarse activamente en esta acción. Expongamos brevemente las características esenciales a esa metodología. Pueden expresarse en tres imperativos: *Atiende, Entiende, Afirma*. Cuando abordamos el problema de cómo hacer accesible a todo universitario la reflexión sobre el ser-hombre, expusimos ya la sustancia de esta metodología. Conviene, sin embargo, que aquí retomemos el asunto para darle un tratamiento completo.

Atiende. Hay que partir siempre de la atención a la experiencia, de aquello que los alumnos sienten como propio. A este propósito podemos recordar el dicho de Vasconcelos: “El que da con el secreto para presentar el espectáculo, ha encontrado el secreto para enseñar una filosofía”. Se trata de presentar el *espectáculo del hombre*. Que los alumnos puedan contemplarlos anhelos, las pasiones, las angustias, las preguntas, los ideales, los dolores y gozos del hombre, en imágenes que les refieran la realidad con toda su asombrosa vitalidad y su asombrosa incógnita y que puedan contemplarse a sí mismos en este espectáculo. Para esta presentación es muy útil recurrir a las obras de arte, especialmente a las de literatura. Los grandes artistas y autores son la *voz del hombre* y en su expresión nos podemos reconocer todos. Si este espectáculo se presenta bien, la dinámica de la metodología demandará el proceso ulterior.

Insistamos en la necesidad de la descripción de la experiencia. No sólo para que se la identifique como una experiencia que provoca a la reflexión, sino para que, desde el principio, se ponga en juego *la expresión* de aquello que se está considerando. Sólo por la expresión se dan a luz y pueden actuar los actos de nuestro conocimiento.

Entiende. Necesitamos entender el significado que se entraña en esta experiencia. Este no se manifiesta por sí mismo, sino necesita ser desentrañado por nuestra intelección. Pasamos así del ámbito de lo variable y confuso a la luz que presenta contenidos consistentes e identificados que se relacionan en un conjunto ordenado.

Para venir a entender, es imperativo que conozcamos cómo los hombres han pensado sobre lo mismo que nosotros experimentamos y cómo han concebido diversas explicaciones de ello. Este conocer estas explicaciones fecundará nuestro entendimiento.

Afirma. No basta entender significados que puedan explicar nuestra experiencia. Es necesario que afirmemos lo que en verdad *es* aquello que experimentamos y entendemos. No podemos quedarnos en el nivel de las explicaciones lógicas que puedan ser válidas en sí mismas. Es necesario que nos abramos al ser y lo abracemos. Una de las manifestaciones del deterioro del conocimiento del hombre es el contentarse con explicaciones que no pasan a la afirmación del ser. El conocimiento del hombre se refiere entonces a conceptos útiles y atractivos como “crecimiento armónico”, “autorrealización”, “calidad total”, “justicia social”, etc. y no enfrentan su reto decisivo, el del ser. La nociva parcialización de las ideologías proviene precisamente de tomar un concepto o un sistema conceptual en lugar de la realidad. Sólo por la afirmación del ser tomamos posiciones realmente humanas y nos situamos consciente y reflexivamente frente a la realidad en su dimensión integral y absoluta.

Si en los cursos del Área de Integración se sigue esta metodología que relaciona en una estructura dinámica la atención, la intelección y la afirmación, se habrá hecho una aportación valiosa al desarrollo de las habilidades de razonamiento. Lo cual es inapreciable.

CONCLUSIONES

Resumamos, para concluir, lo que hemos querido expresar en este escrito. Partimos de la experiencia inquietante de que nuestros conocimientos y todo el mensaje de nuestra cultura parece decirnos poco sobre el asunto más importante: el hombre. El que nos digan poco se pone especialmente de manifiesto al constatar que todos parecen tener muy poca capacidad para motivar a nuestra libertad para que actúe de modo que nos haga encontrar con nosotros mismos, que nos dé la paz interior y la paz con nuestros semejantes, que nos lleve a desear vivir con entusiasmo y a esperar algo de esta vida, que nos lleve a cooperar libremente en el empeño de enlazar fuertemente nuestra convivencia. Por otra parte, descubrimos que el único camino para motivar a nuestra libertad es el reconocimiento y la profundización en nuestra propia realidad. Sólo a la luz del reconocimiento de nuestra realidad podremos reconocer los ideales que verdaderamente son nuestros.

La Universidad, por su naturaleza misma, tiene la misión social de promover el conocimiento del hombre más que el conocimiento de las cosas. Y por cierto un conocimiento del hombre que supere las percepciones del sentido común y los impulsos del sentimiento y lleve a afirmar concepciones que sepan dar razón de sí. De esta manera, los conocimientos de las otras ciencias se situarán conscientemente en las coordenadas que tienen como centro al hombre. De esta manera, también, los principios de convivencia que se establecen en las relaciones sociales y políticas tendrán un significado concreto que los salve de ambigüedades estériles.

Esta ciencia específica sobre el hombre podrá ser enseñada y promovida en las Universidades de una manera que sea verdaderamente significativa y accesible para todos y que supere las indoctrinaciones ideológicas si se pone en práctica un método que lleve al universitario a reflexionar activamente sobre su propia realidad, a exponer con sus palabras esta reflexión y a comparar su propio pensamiento con lo que otros hombres han pensado sobre lo mismo. Este pensamiento le será presentado de modo que lo pueda entender por maestros expertos y conscientes. A la enseñanza y promoción de esta ciencia sobre el hombre la Universidad dedica un Área específica de su currículum que llamamos el Área de Integración; la cual, si realiza lo que pretende, viene a ser el corazón del currículum.

El estudio de la ciencia sobre el hombre que acomete el Área de Integración se divide en dos etapas. En la primera se plantean directamente las preguntas sobre los dinamismos fundamentales del hombre, los que lo hacen ser lo que es: la búsqueda de la Verdad, el Bien, la Justicia, la Belleza y la Trascendencia. En la segunda se reflexiona sobre el modo como estos dinamismos humanos se ponen en juego en los diversos campos del saber y del actuar del hombre.

Por último describimos esencialmente las características que deben dar su forma propia a los cursos del Área de Integración.

Después de toda esta exposición se plantea de manera inquietante la duda acerca de si estos cursos podrán hacer una aportación significativa a lo que supuestamente se pretende: promover un conocimiento personalizado de lo que es el hombre, que sea poderoso para motivar la libertad de manera que ésta quiera construir al hombre y no destruirlo o ignorarlo. Es una duda inquietante porque sabemos bien que la adecuada comprensión de una realidad y de su valor no basta para mover eficazmente a nuestra libertad.

Parece, sin embargo, que debemos trabajar aceptando que tenemos esa duda inquietante. Pretender suprimirla sería pretender -en vano- desnaturalizar la dinámica intrínseca a la formación del

hombre. Y por otra parte parece que podemos tener confianza en la fecundidad del conocimiento y la afirmación de la verdad.

ANEXO

GUÍA DE UN CURSO DEL ÁREA DE INTEGRACIÓN

El objetivo que se pretende alcanzar y la metodología que se pretende poner en práctica necesitan de instrumentos adecuados. Uno de ellos, de particular importancia, es la Guía del curso en la que se plasma el proyecto del Plan de Trabajo de cada maestro. Presentamos aquí, a manera de Anexo, un ejemplo de cómo se puede diseñar esta Guía. Exponemos primero una explicación del marco teórico que subyace a esta Guía, y en segundo lugar una explicación de cómo se debe desarrollar ésta.

GUÍA PRACTICA PARA LA REDACCIÓN DE LAS GUIAS DE LOS CURSOS DEL ÁREA DE INTEGRACIÓN

EXPLICACIÓN:

El Curso de Integración tiene un *contenido teórico*, sobre el que se hace una *reflexión valoral*, usando un método apropiado.

1.- Conforme a esto la Guía del curso expresará primero la MATERIA del curso, en la que se indicarán los contenidos teóricos que se enseñarán y, segundo, la FORMA del curso, en la que se indicará cuál es la reflexión valoral que sobre esos contenidos se quiere promover y cuáles son las características del método que se va a seguir. Para distinguir bien qué es lo que constituye la MATERIA y qué es lo que constituye la FORMA hay que tener en cuenta las características propias de una y otra:

- a.- La MATERIA indica los *contenidos de los temas* que se van a exponer en el curso. La FORMA indica el modo como estos temas se van a transmitir y aprender: *cómo se va a pensar* sobre ellos, y cuáles son las *actitudes* del alumno que se van a tratar de desarrollar.
- b.- La MATERIA expresa los temas que se van a *conocer*. La FORMA expresa la *reflexión valoral* que esos temas proponen e indica cómo se va a suscitar y desarrollar esa reflexión.
- c.- La MATERIA indica lo que los temas *dicen de sí mismos*. La FORMA indica el modo como los alumnos van a pensar estos temas de manera que vean *más allá* de lo que ellos dicen de sí mismos y descubran el *contexto humano pleno* en el que se sitúan.

2.- Debemos tener presente lo que nos dice la Didáctica en el sentido de que el alumno aprende en la medida en que:

- 1° Se susciten en él preguntas reales para las que no tiene respuesta efectiva.
- 2° Se suscite en él el interés personal por encontrar esas respuestas.
- 3° Trabaje de manera que pueda buscar y seleccionar por sí mismo esas respuestas.
- 4°. Pueda percibir tanto los logros como las limitaciones de lo que ha aprendido.

Lo que se acaba de exponer vale para cualquier tipo de aprendizaje y cualquier tipo de curso. En los cursos del Área de Integración, que pretenden esencialmente fomentar la reflexión valoral, es necesario que no sólo se susciten las preguntas teóricas y el interés sobre qué son las cosas que el curso expone, sino que se plantee el interrogante de *qué son para el hombre*: qué significan y qué valen para él como hombre.

Dado que el objetivo específico de los cursos del Área de Integración es la promoción de la reflexión valoral, en la FORMA de un curso de Integración lo que hay que expresar es precisamente el modo como se va a suscitar y estructurar esa reflexión valoral.

3.- Los cursos del Área de Integración son un instrumento especialmente adecuado para el desarrollo de los dinamismos humanos fundamentales que la Filosofía Educativa de la UIA asume como lo más importante en la formación del hombre. En la FORMA del curso, por consiguiente, hay que dar razón de cómo se promueve este desarrollo.

Por la naturaleza propia de los cursos hay que dar especial atención al desarrollo de la criticidad, la solidaridad y la toma de conciencia de la apertura ilimitada del conocimiento humano. El desarrollo de estos dinamismos promoverá también la creatividad, la libertad y la integración afectiva.

En la Guía las cuatro primeras preguntas se refieren al desarrollo de la criticidad: a promover el saber pensar sobre los interrogantes -en particular los interrogantes valorales- que propone la realidad, de manera que se propicie la búsqueda personal de las respuestas y el caer en la cuenta de cuáles son nuestras certezas y opciones valorales, en qué se fundan y qué limitaciones tienen. Las preguntas quinta y sexta se refieren a promover la solidaridad y la apertura a lo ilimitado.

4.- Para que la redacción de la Guía nos sea útil hay que tener presente dos principios: primero, que una sana pedagogía estriba en gran medida en la ***adecuada proposición de preguntas concretas*** y, segundo, que mientras más claramente podamos ***expresar*** lo que queremos lograr con nuestro curso y el modo como pretendemos hacerlo, más fácil nos resultará darlo a entender a los alumnos.

GUÍA DE UN CURSO DEL ÁREA DE INTEGRACIÓN

(EXPLICACIÓN)

Nombre del curso:

Departamento: Sigla

Maestro: Fecha

I MATERIA DEL CURSO:

Aquí hay que indicar los *Objetivos Generales*, los Temas **Principales** y la *Bibliografía Básica* del curso.

Como se ve, estos apartados corresponden a los que se expresan en la Carátula del curso, pero aquí se trata de expresarlos según lo que en concreto y realmente cada maestro pretende en cada curso. Es decir, en la Carátula oficial se hace una presentación del curso que se puede adaptar con cierta elasticidad y amplitud al modo particular con el que cada maestro imparte el curso. Aquí, pues, se trata de describir esa concepción particular por la que el maestro aplica y adapta a su curso los Objetivos y Temas que se expresan en la Carátula de un modo general.

II. FORMA DEL CURSO

1. ¿CUALES SON LAS PRINCIPALES PREGUNTAS DE REFLEXIÓN VALORAL QUE EL CURSO PRETENDE SUSCITAR EN LOS ALUMNOS?

Aquí se trata de formular claramente cuáles son las principales preguntas valorales que se pretende suscitar respecto de los conocimientos teóricos que se aprenden en el curso.

No se trata de expresar las preguntas que se refieren a la MATERIA del curso, sino las preguntas que inquieran por el valor que tiene para el hombre la realidad así conocida.

Aquí se trata de indicar sólo las preguntas centrales del curso, que se desglosarán en muchas preguntas particulares.

2. ¿QUÉ RAZONES Y MOTIVOS SE VAN A PROPONER PARA QUE LOS ALUMNOS SE ENTUSIASMEN POR ENCONTRAR RESPUESTAS A ESAS PREGUNTAS?

Se trata de expresar cuáles son en concreto los motivos por los que es importante e interesante para los alumnos buscar las respuestas a los cuestionamientos valorales que se han planteado.

Hay que tener presente que probablemente hay motivos de interés que encajan más con el mundo real de los alumnos y hay otros motivos de interés que corresponden de por sí al tema mismo que se estudia. Será conveniente partir de las preguntas que corresponden más al interés que los alumnos ahora tienen y llegar a las respuestas que esa realidad plantea por su propia naturaleza.

3. ¿QUÉ MÉTODOS DE ESTUDIO Y QUÉ MATERIAL SE VA A INDICAR A LOS ALUMNOS PARA QUE ELLOS PUEDAN BUSCAR Y SELECCIONAR POR SI MISMOS ESAS RESPUESTAS?

Se trata de expresar en general el método o métodos que el maestro va a seguir para lograr los objetivos del curso. En particular se trata de señalar qué materiales va a indicar el maestro a los alumnos para que ellos los trabajen de modo que busquen y formulen por sí mismos las respuestas a las preguntas que se han planteado.

4. ¿DE QUÉ MANERA EL MAESTRO VA A PROMOVER QUE LOS ALUMNOS SE DEN CUENTA DE LOS LOGROS Y DEFICIENCIAS QUE HAN TENIDO EN EL TRABAJO QUE HAN REALIZADO?

Para el aprendizaje genuino es necesario no sólo conocer algo sino *tomar conciencia de que se lo conoce*. Esta toma de conciencia implica distinguir qué es lo que se conoce de lo que no se conoce. Esto tiene particular importancia en la reflexión valoral: caer en la cuenta de cuáles son los valores que están en juego y cuáles son y qué fuerza tienen los motivos que sustentan las opciones valorales diversas que ante esas realidades se pueden asumir.

Se trata aquí, por consiguiente, de dar una idea de cómo va el maestro a realizar y manejar las evaluaciones, de manera que no sólo arrojen una calificación, sino que sirvan para que él y los alumnos tomen conciencia de cuáles son los frutos que está dando la reflexión valoral que se promueve en el curso.

5. ¿DE QUE MANERA EL CURSO HACE UNA APORTACIÓN A DESARROLLAR EN EL ALUMNO UNA ACTITUD SOLIDARIA QUE CONTRIBUYA A LA JUSTICIA SOCIAL?

Todos los valores humanos tienen una –mayor o menor- dimensión social. Las cuestiones que se traten en algunos cursos tendrán una relación muy directa a la solidaridad con los demás. Las de otros cursos sólo tendrán una relación indirecta, pero al fin y al cabo real. Toda opción valoral positiva nos lleva a ser más hombre-con-los-hombres.

Es necesario, pues, explicitar cómo los cuestionamientos valorales que se hacen en el curso hacen una aportación a comprender mejor a los demás hombres y a fomentar una actitud solidaria que contribuye a que en nuestra sociedad se realice mejor la justicia social.

Explicitar esta relación social de los valores humanos es tanto más necesario cuanto que vivimos en una sociedad que sufre de una grave injusticia estructural que afecta e influye en todas las opciones valorales.

6. ¿DE QUÉ MANERA EL CURSO HACE UNA APORTACIÓN A QUE LOS ALUMNOS PERCIBAN EL CUESTIONAMIENTO POR EL SENTIDO Y VALOR INTEGRAL DE LA VIDA HUMANA?

Toda búsqueda de la verdad y todo cuestionamiento valoral nos refiere al sentido y valor integral de la vida humana, que dan la medida decisiva de todo lo humano. Esta referencia es muy clara en algunos temas. En otros es más indirecta. En todos, empero, es efectiva y operante.

Es necesario, pues, explicitar cómo los cuestionamientos valorales que se han planteado nos ayudan a comprender mejor ese sentido y valor integral, o, por lo menos, nos urgen a cuestionarnos más hondamente cuál es ese sentido y valor integral.

En esta relación al sentido y valor integral de la vida humana es donde principalmente opera la Inspiración Cristiana. En efecto, el Cristianismo no es considerado en el trabajo académico de la Universidad en cuanto que es una *religión* -que es libremente elegida por quienes la adoptan- sino en cuanto que de esa religión se desprende una *visión integral del hombre*. Esta visión integral se presenta al trabajo cultural como un modo de entender los valores y el sentido fundamental de la vida humana, que se pone en un diálogo libre con los conocimientos y valores particulares y con otras visiones integrales del hombre.